

Alhucemas y la crisis endémica del Rif

Más allá de los problemas sociales, las protestas en el Rif son la muestra de una descentralización que ha fallado en dar voz y poder a los habitantes de las diferentes regiones.

Bernabé López García

Un año después del desencadenante de una prolongada serie de protestas en la provincia de Alhucemas –la muerte violenta de Mouhcine Fikri, un vendedor furtivo de pescado, en condiciones no del todo aclaradas–, el problema de fondo parece seguir vivo. Para algunos observadores el problema viene de antiguo, de la especificidad de una región, la rifeña, con su propia lengua e idiosincrasia, que ha manifestado siempre, desde hace siglos incluso, un mal encaje en un orden político centralizado. Para otros, las causas de una protesta tan prolongada están ligadas, como en otras zonas de Marruecos, a problemas sociales derivados de la desatención pública y de la marginación por el poder central. Las más recientes protestas en otro extremo del país, la región semidesértica de Zagora, castigada por la sequía, abonan esa interpretación que, sin embargo, no tiene en cuenta un factor estructural que afecta a todo Marruecos en tanto que país plural, necesitado de una descentralización que dé voz y poder a los habitantes de sus diferentes regiones.

‘Länder’ en Marruecos: ¿utopía o cinismo?

La cuestión de la descentralización constituye desde hace décadas una preocupación de quienes han ejercido la más alta instancia del poder. Hassan II gustaba decir que quería legar a su hijo una estructura de país similar a la de los *Länder* alemanes. En 1981 llegó a decir: “El día en que Marruecos viva bajo un régimen como el de los *Länder* alemanes, ese día, esté vivo o muerto, será el más feliz de mi vida, ya que considero que el régimen de los *Länder* permite al Estado desentenderse de pequeños problemas y avanzar hacia el final del siglo (...) Conociendo a los marroquíes como los conozco, diferentes pero unidos a la vez, ésta sería sin duda la mejor vía”.

Pero estas declaraciones se produjeron en una coyuntura muy particular, a su retorno de la cumbre de jefes de Estado de la Organización para la Unidad Africana (OUA) celebrada en Nairobi en la que se había

visto obligado a aceptar, tácticamente, la necesidad de un referéndum para dar salida a la cuestión del Sáhara.

Mucho ha llovido desde entonces. Aquel referéndum nunca tuvo lugar y la ocasión que se le brindó en 1997 para poner en práctica una descentralización efectiva que hubiera ensayado una alternativa a la tan espinosa cuestión sahariana, fue desaprovechada. La ley de regionalización de 1997, diseñada por el ministro del Interior, Dris Basri, no aportó elementos de autogobierno efectivo para las 16 regiones en que se dividió el país. El esquema se hizo intencionadamente para romper identidades que pudieran suscitar lealtades en contradicción con el jacobinismo imperante en el diseño de país del soberano. El Sáhara Occidental, anexionado sin reconocimiento internacional a Marruecos, fue dividido en tres regiones y el Rif, fraccionado en dos, vinculando la provincia de Alhucemas a Taza y la de Nador a la región Oriental, vecina de Argelia.

La disidencia de una región como el Rif venía de antiguo, pues siempre formó parte de lo que se ha conocido en Marruecos como el *bled siba*, o tierra insumisa, que mantenía con el poder central una relación especial plasmada en su negativa al pago regular de impuestos. Esa región, lingüísticamente diferenciada, cayó del lado español en el reparto colonial y resultó ser de las más difíciles en someterse. Su resistencia fue una reacción a la violencia con que el militarismo español quiso abordar el control del territorio. Así lo recordaba el hermano del líder rifeño, Abdelkrim el Jattabi, al periodista Luis de Oteyza en una carta manuscrita en la portada de *La Libertad* en agosto de 1922: “el Rif no combate a los españoles ni siente ningún odio hacia el Pueblo Español. El Rif combate a ese imperialismo invasor que quiere arrancarle su libertad. (...) Los rifeños tienen sus puertas abiertas para recibir al Español sin armas como técnico, comerciante, industrial, agricultor y obrero”.

En septiembre de 1925, en pleno conflicto bélico con España, Clemente Cerdeira, tangerino e intérprete

te del Protectorado español en Marruecos, traducía la conferencia *Apuntes para la historia del Rif* del estu-
dioso francés Edouard Michaux-Bellaire y estimaba en
sus notas a margen que el Rif, “dado su carácter espe-
cial, razones etnográficas, históricas, económicas, po-
líticas, etc., pudiese gozar de un régimen especial de
preferencia, concediéndole una libertad o indepen-
dencia gubernativa de carácter interior, es decir, cir-
cunscrita al gobierno de su territorio por sus mismos
habitantes”, aunque enmarcada dentro del Protecto-
rado español. No se le concedió entonces, pues el des-
embarco de Alhucemas cambió el curso de los acon-
tecimientos, y la cuestión de dotar de una cierta
autonomía a la región ha permanecido latente desde
entonces.

El retorno a la independencia reavivó la disidencia
rifeña por el desconocimiento del régimen de Rabat
de la idiosincrasia de la región, imponiéndose con sus
gobernadores y caídes provenientes del Sur del país.
La rebelión de 1958 se incubaba desde años atrás, ins-
tigada por el viejo caudillo Abdelkrim, refugiado en El
Cairo. Allí su hijo había tomado contacto, ya en 1954,
con el agregado militar español en busca de apoyo pa-
ra liberar a Marruecos de los franceses y, después de
1956, para librarlo del acaparamiento del poder por el
partido del Istiqlal tras la independencia. España no
apoyó entonces la insurrección, que fue la expresión
de que el Rif había encontrado mal encaje en el nue-
vo Marruecos. La represión de Rabat fue durísima y el
inicio de un desencuentro feroz con el príncipe here-
dero Hassan, cabeza visible del aplastamiento a san-
gre y fuego de la rebelión. Nunca se quiso ahondar en
el papel del caudillo rifeño en aquel episodio, aunque
su figura pervivió y pervive en el imaginario colectivo
de los rifeños hasta hoy. Su efigie, así como la bande-
ra de su república, se esgrimen en cuantas manifesta-
ciones reclaman actualmente un Rif con más libertad
y derechos.

Reconciliación y regionalización

En octubre de 1999, a los pocos meses de acce-
der al trono, Mohamed VI viajó al Rif, a Alhuce-
mas concretamente, donde se encontró con fa-
miliares del viejo caudillo Abdelkrim el Jattabi. Fue
una muestra positiva de reconciliación, que buscaba
cerrar el paréntesis abierto por su padre 40 años an-
tes. Pero solo fue un gesto. En los 18 años de reinado
de Mohamed VI, el Rif ha seguido siendo una región
subdesarrollada, estigmatizada, arcaizante, con un
enorme índice de paro y una de las tasas mayores de
emigración del país. Bélgica, Holanda y Alemania fue-
ron destinos preferentes de los rifeños entre los años
sesenta y ochenta, para convertirse España en los no-
venta, especialmente Cataluña, en el principal lugar
de asentamiento. Para colmo de males, la provincia
de Alhucemas sufrió en 2004 un devastador terremo-

to del que la población no guarda un buen recuerdo
de la actuación de las autoridades. Visitando la ciu-
dad tras el seísmo, Mohamed VI pronunció un dis-
curso en el que prometió un programa de urgencia y
un plan de desarrollo estructural integral que tarda-
ría años en concretarse.

El tema de la regionalización y la descentralización
volvió a la palestra tras el episodio vivido por Amine-
tu Haidar y su huelga de hambre en 2009. Dos sema-
nas después, el rey Mohamed VI designó una Comi-
sión consultiva para la regionalización, a cuyo frente
instaló al entonces embajador marroquí en Madrid,
Omar Azziman. La inmediatez de la tensión vivida du-
rante el mes largo de huelga de hambre de la activis-
ta saharauí, hizo pensar que el proceso de regionali-
zación estaba en relación con la búsqueda de una
salida para el prolongado drama de la población sa-
harauí, aportando un ingrediente nuevo a la propuesta
de autonomía lanzada por Marruecos en 2007 y que
no había logrado hacer avanzar un ápice la resolución
del problema en los tres años transcurridos. Pero no
fue así.

La ley de la regionalización que surgió de dicha co-
misión, aprobada finalmente en 2014, tuvo una nueva
oportunidad de reconocer el Rif como región. Y sin em-
bargo optó, como en la anterior ley de 1997, por sepa-
rar las dos provincias que lo constituyen, Alhucemas y
Nador, en dos regiones distintas, para evitar solidarida-
des consideradas perniciosas en un país que prohíbe
por ley (orgánica 29-11) la constitución de partidos de
base “religiosa, lingüística, étnica o regional”. Nador si-
guió vinculada a la región Oriental, mientras Alhuce-
mas acabó ligada a Tánger y Tetuán, pero como el pa-
riente pobre de una región hoy mimada, de la que no
obtiene beneficio alguno en inversión, dejada de la ma-
no de la explotación del cannabis y de su inconmensu-
rable emigración en Europa que mantiene con sus re-
mesas a una población acuciada por el paro y el
aislamiento del resto del país.

El plan de desarrollo estructural integral prometi-
do por Mohamed VI en 2004 se concretó finalmente en
2015, en el programa lanzado por el propio monarca
denominado *Al Hoceima, Manarat al Moutawassit* (“Al-
hucemas, Faro del Mediterráneo”), con una inversión
total de 6,5 millones de dirhams (unos 600.000 euros)
para el período 2015-2019, que trataba de convertir Al-
hucemas en un polo de desarrollo de la región y de me-
jorar sensiblemente las condiciones de vida de su po-
blación.

Entre tanto, en septiembre de 2015, se celebraron
las primeras elecciones regionales tras la aprobación
de la nueva ley. La provincia de Alhucemas aportó su
voto masivo a favor del oficialista Partido de la Auten-
ticidad y de la Modernidad (PAM), cuyo candidato, Il-
yas el Omari, hijo de la provincia, logró instalarse al
frente de la región que tiene por capital a Tánger, ciu-
dad que cuenta hoy con el impulso del monarca, con-

virtiéndose en uno de los faros del desarrollo de Marruecos. Tánger había sido siempre el lugar escogido por los rifeños para la emigración interior en épocas de hambruna (el escritor Mohamed Chukri fue uno de esos emigrados a Tánger en los años cuarenta), pero su desarrollo se está haciendo en detrimento de las otras provincias de su región, Tetuán, Larache, Alhucemas, Chauen y Uezzan. Hacia Tánger van las inversiones extranjeras, es allí donde se desarrollan las infraestructuras, mientras provincias como Alhucemas, viven aisladas, mal comunicadas y con sensación de desamparo, sin industria, con una agricultura empobrecida en razón de la aridez del suelo, donde la explotación del mar no ha promovido un desarrollo que en otro tiempo, aunque modesto, tuvo y donde el cultivo del kif solo beneficia a una minoría. Son los emigrados en Bélgica, Holanda, Alemania, Francia o España los que han mantenido a la provincia con sus remesas.

El 'Hirak', la represión y la cólera real

Las protestas masivas arrancaron a finales de octubre de 2016 tras la difusión por las redes sociales de las imágenes dramáticas de la muerte de Fikri. Pero pronto se conectaron con reivindicaciones de más fondo como el fin de la corrupción que traba el desarrollo de la zona, o la necesidad de industrialización para promover el empleo entre una juventud desocupada y desanimada. Y aún más, con la concreción de las medidas de reparación comunitaria previstas en las conclusiones de la Instancia Equidad y Reconciliación para la rehabilitación de la región, pendientes desde hace más de una década.

Ante la indiferencia de la administración, agravada por los cinco meses de tardanza en la formación de gobierno tras las elecciones de octubre de 2016, que dieron de nuevo la victoria a Abdelilah Benkirane, líder del Partido de la Justicia y el Desarrollo, sin lograr un consenso para obtener una mayoría parlamentaria, las protestas crecieron hasta alcanzar unas proporciones poco frecuentes en el país, sin una interlocución con las autoridades, que solo ofrecieron oleadas de represión en el intento de descabezar el movimiento. Las cifras de detenidos se contaron por centenares, con acusaciones tan graves como las de ataque a la seguridad del Estado e incluso de separatismo, si bien una reclamación como la autonomía nunca fue explícita en las protestas.

Los indultos que el rey Mohamed VI promulgó en las fiestas del trono y del Eid al Adha fueron insuficientes y no afectaron a los verdaderos líderes de la revuelta, sobre los que pesan graves acusaciones, que una justicia enfeudada con el poder, como la marroquí, corre el riesgo de no tratar con equidad. La falta de garantías con que fue tratada la población detenida ha sido manifiesta, con condenas muy elevadas pa-

ra personas a las que se les impuso firmar declaraciones redactadas de antemano en una lengua que no todos dominan como es el árabe para una población de berberófonos. Luego, en un país tan paradójico como Marruecos, los familiares de los detenidos, que viven a 1.000 kilómetros de distancia de las prisiones, viajan a visitarlos en autobuses fletados por el Consejo Nacional de Derechos Humanos, en una búsqueda de calmar ánimos ante una situación en la que la represión se desbordó.

Alcanzado un punto crítico, al cumplirse un año del *Hirak*, nombre con el que se conoce al movimiento, Mohamed VI ha tratado de hacerse presente ordenando al antiguo primer ministro y presidente del Tribunal de Cuentas, Dris Jettú, un informe sobre el estado de ejecución del programa lanzado por él en 2015. El informe señaló retrasos y deficiencias en los departamentos de Urbanismo, Salud, Educación e Interior, lo que motivó la destitución fulminante en octubre de 2017, cuando se cumplía un año de las protestas, de cuatro ministros y un secretario de Estado (Nabil Benabdallah, Hucine el Uardi, Larbi Bencheikh, Mohamed Hassad y Ali Fassi Fihri), junto con 14 altos responsables a los que se les condena al ostracismo en el futuro. La medida, bien recibida por los partidarios de una monarquía ejecutiva, en la que se rindan cuentas por las actuaciones públicas (el tema de la rendición de responsabilidades fue el centro del discurso del monarca en la apertura de la sesión parlamentaria), ha sido criticada por aquellos que ponen en cuestión una forma de gobierno que deja al margen de toda responsabilidad precisamente a la persona que ejerce la dirección y el control de todo el sistema, el jefe del Estado.

La purga, que ha afectado sensiblemente a uno de los partidos de la coalición, el Partido del Progreso y del Socialismo, al que pertenecen dos de los ministros y el secretario de Estado cesados, ha sido percibida por algunos observadores como dotada de cierta carga política, dado que Benabdallah, secretario general de este partido, convertido en aliado estratégico del anterior jefe de gobierno, el islamista Benkirane, fue muy criticado por el Consejo Real tras unas declaraciones en vísperas electorales en las que denunció la práctica del *Tahakkum*, del gobierno en la sombra, en Marruecos. Y sin embargo, fueron ahorrados de toda responsabilidad otros ministerios clave en la crisis como el de Agricultura y Pesca, cuyo titular, cercano al monarca, es el nuevo hombre fuerte del gobierno, así como el presidente de la región, El Omari, incapaz en todo el año transcurrido de plantear alternativa alguna para dar una salida a la crisis. Viva muestra de que la regionalización avanzada apenas ha logrado introducir en la vida política pasos hacia la descentralización de las responsabilidades y del poder. ■